



VII

Sobre la conciencia del principio moral

I

La vida, es la conciencia del principio moral inmutable que se manifiesta en los límites que separan este principio de todo lo demás.

II

Los límites de este principio que separan de todo lo demás se presentan al hombre bajo el aspecto de su cuerpo en movimiento, y de los cuerpos de los demás seres.

III

El aislamiento, inmiscibilidad, lo impenetrable de un ser para otro no pueden presentarse más que en un cuerpo (la materia) en movimiento independiente de los movimientos de los demás seres.

IV

Por esta razón la corporalidad y el espacio lo mismo que el movimiento y el tiempo, no son más que condiciones de la representación de nuestro aislamiento moral de todo lo demás, es decir, de un ser moral que no tiene límites, ni cuerpo, ni espacio, ni movimiento, ni tiempo.

V

Así es que nuestra vida se presenta á nosotros como la vida de un ser limitado en el espacio y que está en movimiento con el tiempo.

VI

Creemos que nuestro cuerpo formando parte del mundo corporal infinito en el espacio, proviene de los padres, de los antepasados que vivieron antes que nosotros en el tiempo infinito, recibió su principio en las entrañas de la madre, nació, creció, se desarrolló, luego se fué debilitando, y murió, es decir, perdió toda su corporalidad antigua, pasando á otro estado, cesando de moverse y murió.

VII

En realidad, es únicamente la conciencia espiritual la que está separada de todo lo demás, y que está encerrada en los límites del cuerpo y del movimiento, que constituye nuestra verdadera vida.

VIII

Este ser moral es siempre igual á sí mismo, no está sujeto á cambios, y nos parece que crece y se desarrolla con el tiempo, es decir que está en movimiento, Y esto no son más que los límites entre los cuales se encuentra, los que se hallan en movimiento; y con esto nos sucede lo mismo que con la luna cuando nos parece que corren y son las nubes que están debajo de ella.

IX

La vida no es la vida más que cuando se manifiesta la conciencia, cuando aparece á través de los límites. Y la vida está siempre allí. Esas ausencias de la conciencia que nos parece que existen lo creemos así cuando vemos el movimiento de los límites de la conciencia en los otros seres. Y

cuando se mira á sí mismo, ve que la conciencia no cambia, no tiene principio ni fin.

X

La vida pertenece al hombre primeramente como algo material y de límite en el espacio, en movimiento con el tiempo. El hombre toma primero por su vida los límites que se le presentan como la materia en movimiento, que le separan de todo, y cree que su vida está naturalmente limitada por el espacio; y en el movimiento de esta materia en el tiempo, ve su vida, y en la cesación de este movimiento ve al final de su vida.

XI

El hombre se sostiene en este convencimiento por la observación de otros seres que se presentan á él como la materia en el espacio, en movimiento con el tiempo. La observación de la continuidad del movimiento entre los demás seres hace creer al hombre que su vida también se mueve sin interrupción en el tiempo, aunque interiormente, no sólo no sienta la continuidad de los movimientos, sino no experimente más que una sola conciencia, inmóvil siempre igual, y que únicamente por la observación exterior, se

divisa por los espacios del sueño, de la locura, de las pasiones; pero en realidad, siempre es la misma.

XII

Desde que los hombres atribuyen dos sentidos diferentes á la palabra *vida*: 1.º la concepción de una materia móvil, separada de todo lo demás, que el hombre reconoce por sí mismo; 2.º lo inmóvil, el sér moral siempre igual á sí mismo que el hombre reconoce en su persona.

XIII

Estas concepciones parecen diferentes; en realidad no son más que una sola concepción: la del reconocimiento de sí mismo *como un ser moral encerrado en ciertos límites*. El reconocimiento de la vida como un ser en el espacio y de una existencia temporal, lo cual no es más que un pensamiento sin terminar.

El reconocimiento de sí mismo como un ser separado de todo lo posible, no es posible más que para un ser moral, y el ser moral no puede existir ni en el espacio ni en el tiempo.

XIV

Así, este error de la mente al reconocer la existencia temporal, material del hombre, como toda

su vida; es lo mismo que reconocer la parte por el todo, la consecuencia por la causa, es un error del pensamiento análogo al de reconocer la corriente y el nombre del río por la fuerza que mueve la rueda del molino.

XV

La diferencia entre reconocer que la vida es un principio moral inmutable, ó su manifestación en los límites donde se produce, fué siempre hecha por todos los maestros religiosos. La doctrina del evangelio está basada sobre la explicación de la diferencia de las dos concepciones de la vida la verdadera vida, la vida del espíritu; la vida falsa, la vida carnal y temporal.

XVI

Esta explicación es muy importante, porque reconociendo que la verdadera vida no pertenece más que al ser moral, de aquí emana todo lo que se llama virtud y que da á los hombres el mayor bien. De esta conciencia dimana lo que forma la base de todas las virtudes; el amor, es decir, el reconocimiento en sí de la vida de todos los seres del universo.

XVII

De este mismo reconocimiento, que no es otra cosa más que lo que llamamos conciencia, procede la abstinencia, el valor, la abnegación, todos ellos necesarios para el cumplimiento de una exigencia fundamental de la conciencia; el reconocimiento de los demás seres; es decir, el amor.

XVIII

Me parece que fué Pascal quien dijo: *El hombre que ha comprendido su vida es semejante al esclavo que de repente sabe que está libre.*
